

XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2020.

Las vías abiertas de más allá del principio del placer.

Eisenberg, Estela Sonia.

Cita:

Eisenberg, Estela Sonia (2020). *Las vías abiertas de más allá del principio del placer. XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-007/437>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/etdS/92b>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LAS VÍAS ABIERTAS DE MÁS ALLÁ DEL PRINCIPIO DEL PLACER

Eisenberg, Estela Sonia

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

La obra freudiana resulta anticipatoria respecto a la extensión de la desazón y la crueldad que atraviesa todas las épocas con diversos rostros. Más allá del principio del placer (Freud, 1920) es el inicio de un viraje conceptual que, proponemos pensar en esta ocasión, abre dos vías: Una vía está en relación al Malestar en la cultura (Freud, 1930) y otra, es la que lleva a los desarrollos de la redefinición de la pulsión, no solo a un nuevo dualismo. Estas vías nos enfrentan a dos muros o barreras que Freud va dibujando entre sus líneas, las barreras de la Belleza y las barreras del Bien. Articulados a los diques del asco y la compasión, las barreras estéticas y ciertas aristas de las barreras éticas, por ejemplo, detenerse frente al dolor del otro no son ajenas a las renunciaciones pulsionales.

Palabras clave

Malestar - Barreras estéticas/éticas - Diques - Redefinición de pulsión

ABSTRACT

THE OPEN WAYS BEYOND THE PLEASURE PRINCIPLE

The Freudian work is anticipatory regarding the extent of the unease and cruelty that goes through all ages with different faces. Beyond the pleasure principle (Freud, 1920) is the beginning of a conceptual turn that, we propose to think about on this occasion, opens two ways: One way is in relation to Discomfort in culture (Freud, 1930) and another is the one that leads to the developments of the redefinition of the drive, not only to a new dualism. These roads confront us with two walls or barriers that Freud draws between his lines, the barriers of Beauty and the barriers of Goodness. Articulated to the dykes, disgust and compassion, aesthetic barriers and certain edges of ethical barriers, for example, stopping in front of the pain of the other, are not alien to drive renunciations.

Keywords

Malaise - Ethical/Aesthetic boundaries - Redefining drive

Las vías abiertas de más allá del principio del placer

En la investigación acerca de las problemáticas en la construcción del objeto volvimos a interrogar la postulación del último dualismo freudiano. Al volver a sus páginas se hace palpable la consternación de Freud y su preocupación genuina en algún sentido, porque la novedad que se atrevía a introducir, fuera pensada desde la filosofía o la biología, su temor a quedar él mismo atrapado en los términos de esas disciplinas, a las que recurre para fundamentar sus nuevos hallazgos.

De modo que respetando la preocupación freudiana y apuntamos a leerlo atendiendo a esos puntos de enunciación, a los indicios que nos ofrece para cimentar su posición.

Los conceptos ahí vertidos no fueron fácilmente aceptados por la sociedad psicoanalítica, pero Freud mantuvo la fortaleza de su decisión de continuar por el camino de sus convicciones.

A pesar de la revuelta, la lectura de la pulsión de muerte como agresión y destrucción, produjo la Escuela Inglesa para la cual este concepto ocupa un lugar central, aunque éste acento no agota la elaboración freudiana.

Melanie Klein se exilió en Inglaterra antes que Freud, y podríamos arriesgar la hipótesis de que el impacto de los efectos de la guerra, quizás hayan empujado al psicoanálisis, sobre todo en Inglaterra, a la pregunta acerca del origen del odio y la destrucción en el hablante, una pregunta orientada a producir alguna respuesta acerca del huevo de la serpiente que asoló a Europa. Si la investigación freudiana se orientaba al descubrimiento de la sexualidad en la vida humana, los psicoanalistas ingleses estuvieron atravesados por la pregunta acerca de las mociones hostiles e incluso de la agresividad, aunque ésta tuviera una función creadora, como en Winnicott (1953).

La idea insistente de un sadismo primario en Klein incluso de una fase de máximo sadismo, y los modos psíquicos de tramitarlo, fueron un norte permanente en dicha escuela.

La obra freudiana realmente resulta anticipatoria respecto a la extensión de la desazón y la crueldad que atraviesa todas las épocas con diversos rostros.

Más allá del principio del placer es el inicio de un viraje conceptual que, proponemos pensar en esta ocasión, abre dos vías: Una vía está en relación al *Malestar en la cultura* (Freud, 1930) y otra, es la que lleva a los desarrollos de la redefinición de la pulsión, no solo a un nuevo dualismo.

Más allá y el malestar en la cultura

Cuando comienza a elaborar la idea de un más allá del principio del placer, ya había publicado, primero “*Lo ominoso*” (Freud, 1919) artículo en el cual se encuentran varios puntos de contacto con los temas que dominan el más allá, pero en este caso, planteados en un escenario que ubica los fenómenos subjetivos como encuentros “no deseados”.

Una primera lectura de ambos textos, nos enfrentan a dos muros o barreras que Freud va dibujando entre sus líneas, las barreras de la Belleza y las barreras del Bien. Articulados a los diques del asco y la compasión, la barreras estéticas y ciertas aristas de las barreras éticas, como, por ejemplo, detenerse frente al dolor del otro no son ajenas a las renunciaciones pulsionales.

Se puede leer el fondo de la Belleza y el horror, el Bien y el Mal en la elección literaria de la experiencia de lo ominoso, ya que ambos tratan un tema muy en boga en la época del romanticismo, que es la del doble aún bajo la forma del autómatas. Si bien los autómatas existieron desde los griegos, tuvieron su época de esplendor en el siglo XVIII, ya que, con los avances en materia de relojería, fue la época donde mejores y más perfectos autómatas se realizaron de la historia. Existía una obsesión por intentar reproducir lo más fielmente posible los movimientos y comportamientos de los seres vivos.

Antecedentes de lo que serán las prótesis que permitieron a los soldados mutilados volver a engranarse en la maquinaria industrial, antecedente de los robots, ya sea auxiliares o devastadores de los humanos, antecedente de los ciborgs y por qué no del gadget, apéndices y prolongadores de nuestro cuerpo ya integrados en una modalidad bioprotésica, haciendo tangible una pieza exterior de la cual apropiarse. A la inversa de la pieza de la cual nos separamos en un supuesto interior.

En el cuento del arenero están en juego la Belleza y el horror de Daniel entre otros motivos, frente a la muñeca autómatas, su doble, Olimpia y en la novela bajo la influencia del elixir del mal, el monje Medardo sufre una lucha interna tal que su espíritu se desdobla en la figura de siniestra del doble.

Sin embargo, para el lector, ese horror al que el doble podría enfrentarlo no supera las barreras de la Belleza produciendo, por el contrario, una ganancia de placer estético. Mientras el horror esté enmarcado dentro de la fantasía, del juego, de un sueño logrado, o del arte, la elaboración psíquica presente en ellos permite, que el rostro de lo que vale como traumático, sea velado por el proceso primario y la elaboración secundaria. Porque lo que se pone al trabajo es nuestro lote acotado de la identificación, lo que entra en los cánones de lo antropomórfico, de lo que podemos reconducir a nuestro propio cuerpo en tanto proyección de una superficie. Y al mismo tiempo, la posición del yo en tanto espectador, da cuenta de una distancia en la que funcionan las barreras estéticas. En cambio, volviendo a los horrores de la guerra, y muchos otros que hoy nos espantan, nos muestran una presencia de malignidad que carece de barreras éticas obviamente, y también arrasan con las barreras estéticas

para quién se enfrenta a ello sin la mediación de un escenario. De hecho, algunos sobrevivientes de los campos de concentración, intentaron hacer algo con ese horror por la vía de la escritura resultándoles seguramente insuficiente. Y en muchas ocasiones los mass media exhiben y velan el horror con la puesta en escena.

Es frente a ese horror que se abre una de las vías del malestar en la cultura. Es ahí donde Freud se expide y eleva su voz poniendo en jaque el mandamiento “amarás a tu prójimo como a ti mismo”, ya lo había hecho en el libro del chiste (Freud, 1905), varios años antes. ¿por qué Freud se alzaría contra un mandamiento universal? quizás en carne propia Freud se encontró que, en el mandamiento más humano hay una resquebrajadura en la que ya no se reconoce al otro como semejante, y deviene el prójimo. ¿quién es entonces el prójimo? Desde el momento en que despierta la hostilidad o el rechazo, que resulta de la misma estofa, cuando eso del otro no participa de la escena de lo que entra en los marcos de la estética, empuja en algunos casos a quebrar las barreras éticas. Ese otro ha dejado de ser un semejante ya que rompe con la homogeneidad entre el yo y el objeto amable, solo entra en el campo de percepción ética y estética en tanto entre en sintonía en el cuadro y se pueda reconducirlo al cuerpo propio, ahí donde la identificación es posible.

Como recuerda Lacan en el *Seminario 16*, el prójimo resulta ser la inminencia intolerable del goce, (Lacan, 1969). Aquel cuya proximidad es absolutamente intrusiva, tan cerca que es imposible verlo y del cual es necesario mantener la distancia más absoluta. No son objetos yoizables.

Recordemos que lo ajeno se encuentra en el corazón mismo de lo propio. Es en el complejo del semejante, es decir aquello que del otro puedo reconducir al cuerpo propio, el cuerpo en tanto superficie corporal reconocible, es ahí que se ubica lo ajeno, exterior y por lo tanto hostil.

El enemigo es el otro, el extraño, y es suficiente con encarnar la ajenidad, para ser rechazado o combatido a fin de preservar la forma propia de la existencia.

Podemos recordar a Kierkegaard (1847) en *Las obras del amor* quien plantea, que el prójimo ideal, al que debiéramos amar es el prójimo muerto, el difunto, aquel que debemos amar sin esperar nada a cambio, pero también podemos agregar que la muerte borra todas las diferencias. “*Porque entre “los parientes del humus” ya no hay diferencia, sino un parentesco muy próximo*”. Agreguemos que un cuerpo muerto no goza.

La máxima alteridad del otro, viene a revelar que ya no estamos en la reversibilidad del narcisismo sino más allá del espejo en el que el odio, no es la rivalidad narcisista, sino que demuestra su cara expulsiva, el rechazo de lo ajeno, y hostil, un odio más primario que el del amor/odio. De ese prójimo que ya no es el semejante, nada se quiere saber. Y eso produce los retornos de la violencia más salvajes, que nos hace sentir la amenaza inminente de la presencia del otro.

De todos modos, a lo que más allá nos conduce, es que no hace

falta el horror de la guerra, o del rechazo del otro social para que el efecto de lo traumático se nos cruce.

La presencia de lo idéntico por la vía del doble y del terror anticipan el movimiento de lectura de la repetición que se anuncia en más allá, se distingue de la repetición que propone en “*Recordar repetir y reelaborar*” (Freud, 1914) y apuntan a las formulaciones de la segunda tópica.

Más allá del nuevo dualismo

Comentaba al inicio que vemos la lucha de Freud por evitar la perplejidad, tanto de su entorno como la suya propia. Nos advierte que no tiene interés alguno en indagar si su tesis se aproxima o se afilia a un determinado sistema filosófico formulado en la historia.

Esa advertencia y el resto del texto da cuenta de su afán de no quedar sujeto a que sus conceptos sean leídos desde la filosofía o aún desde la biología.

Indicación que hasta el día de hoy debe permanecer vigente.

De modo que hombre prevenido, se sirve de esas disciplinas, tomando algunos términos de las mismas, pero transformándolos, advirtiéndonos que esas ópticas no responden a nuestro campo de intervención, que es la práctica analítica. Dialoga entonces cautamente con filósofos y biólogos, cabalgando entre dos líneas de pensamiento que se debaten desde tiempos inmemoriales y que Freud les ha dado una dimensión inédita: el mito del eterno retorno, del lado de las concepciones filosóficas, y el retorno a un estado anterior, desde la biología. Es preciso recordar que Freud se encuentra todavía fundando una disciplina que requiere tomar prestado de otras sus términos, sin por ello dejar de acentuar que se trata de un campo diverso. En las demarcaciones de la ciencia de la época freudiana, debemos decir que el psicoanálisis nunca pudo ubicarse como ciencia natural y tampoco una ciencia del espíritu. Si las ciencias de la naturaleza estudiaban los fenómenos observables y medibles que pueden responder a leyes universales, vemos que no es aplicable. El quantum del que habla Freud, no deja de ser una metáfora energética, no reductible a la química ni a la física clásica, y mucho menos medible u observable.

Y si las ciencias del espíritu son aquellas que permiten conocerse mejor a sí mismo y estudiar aquello que nos hace únicos, debemos decir que el grabado en el Templo en Delfos, “*conócete a ti mismo*” no es un objetivo psicoanalítico.

El yo no es amo en su propia casa, es fuente de desconocimiento y ocultamiento estructural para sí mismo, por lo tanto, no hay autoanálisis, la transferencia es una condición para la puesta en acto cada vez del inconciente.

El inconciente no tiene un estatuto óntico, carece de ser y de existencia, no es ontológico, no participa del ente, su ex-sistencia, al decir de Lacan, es su emergencia que quiebra el discurso corriente. En todo caso la pregunta que debe orientarnos es con qué idea de ciencia pensamos el psicoanálisis.

Asimismo, y esto abre una nueva vía, es la definición misma de

la pulsión y no sólo los dualismos, lo que se le presenta insuficiente.

La fijación de la pulsión, por ejemplo, la fijación a la escena traumática en el hombre de los lobos (Freud, 1914), si bien fantasmática, dado que se trata de la escena primaria, le revelan una dimensión de la pulsión que se diferencia de la fijación libidinal al objeto y está muy lejos de ser una pieza de colocación libidinal y móvil.

Es ahora la fijación psíquica al trauma, la pulsión aflorante de la fijación traumática, frente a la cual las barreras estéticas se revelan ineficaces y enfrenta a lo que nos despierta un afecto terrorífico.

Que emerja este afecto, contrario a todas luces del principio del placer, lleva a afirmar, casi bajo una metáfora política, un cambio de soberanía del gobierno del aparato psíquico, ya que no hay tal imperio irrestricto del principio del placer. ¿qué fuerzas hacen caer a este gobierno? Para responderlo Freud nos indica que debemos investigar la reacción anímica frente a un peligro exterior.

Pero - ¿si no es un ataque, la guerra o cualquier otro peligro grave que nos amenace? ¿qué es un peligro para el aparato? Si bien esta pregunta se ha realizado en infinidad de oportunidades, hoy más que nunca, en donde se presuponen efectos traumáticos a priori y casi predictivamente, renovar su interrogante es una cuestión imprescindible.

Por otro lado, ¿cómo pensar su exterioridad? - aún más ¿cómo pensar el trauma? ¿alcanza con más allá para dar cuenta del trauma? Dirijamos nuestra lectura orientados por dichas preguntas -

Hay que decir que los ejemplos en los que encuentra alguna explicación, exceden la nosología, no son necesariamente patológicos, tampoco homogéneos, ni exactamente casos clínicos. El sueño, el juego y la compulsión de repetición en toda su heterogeneidad, son el soporte para introducir un nuevo dualismo, pero, sobre todo un modo distinto de pensar la pulsión.

Conocemos estos ejemplos. Solo quiero detenerme en un aspecto de la repetición.

En el sueño de las neurosis traumáticas de guerra, el peligro vivenciado no es recordado de manera perturbadora en la vigilia, sino que retorna despertando al soñante con renovado terror. Señalemos esta particularidad de que el aquejado por lo acontecido, en la vigilia no padece de aquello que lo inquieta una y otra vez en los sueños.

¿A qué se debe que sea renovado? ¿cómo algo que se repite, se mantiene siempre nuevo? Ese algo nuevo se conserva como lo que no cesa de no escribirse. Uno de los nombres de la categoría de lo imposible.

Por lo tanto, no puedo ponerlo a la cuenta del retorno de lo reprimido, cuyo relato se hace reconocer incluso en su carácter de sinsentido, ya que precisamente el funcionamiento del proceso primario con sus leyes le otorga su carácter de absurdo e enigmático.

Pero la revelación que redefine la idea de peligro es que Freud universaliza *nuevamente* lo traumático, ahí donde señala que esos sueños que despiertan, no son solo patrimonio de las neurosis traumáticas, sino que están presentes también en los sueños de los pacientes en análisis, extendiendo el campo de las neurosis traumáticas a la pregunta por lo traumático en las neurosis bajo una luz nueva.

No obstante, una de las respuestas que elabora en el sueño traumático, ¿por qué se repite algo a todas luces desagradable? es recuperada en el revisitado juego infantil fort-da. No alcanza con situar que la repetición apunta a que algo pueda ser tramitado, o ligado. La gran y problemática respuesta desarrollada hasta el final de este movimiento, es que la repetición es productora de una ganancia de placer de otra índole que el principio del placer e independiente de éste, una ganancia de placer directa, aunque extraña y no sentida como tal. Lo que empuja a repetir es siempre esa paradójica y extraña satisfacción, meta de toda pulsión. Ganancias de padecimiento heterogéneas relativas a la fuente de la cual provengan, es decir que depende de las heterogéneas formas del masoquismo.

Es justamente el supuesto de esa satisfacción lo que separa la compulsión de repetición del mito del eterno retorno, concepción filosófica.

Y nos convoca a no confundir lo reprimido y su insistencia con ese hecho nuevo y asombroso, que se repitan vivencias pasadas como nuevas, que no contienen posibilidad alguna de placer y nunca pudieron ser satisfacciones. Otra vez el acento en que se repite como si fuera nueva, lo cual nos confirma lo fuera de la memoria, toparnos una y otra vez con lo mismo como nuevo. Ni recordado ni olvidado.

Entonces, ahora la respuesta está sostenida en aquello que ya no es mito, una satisfacción no sentida como tal. Y es toda la razón de nuestra intervención.

Quedar desvalido frente a la inminencia intolerable del goce, es lo que aproxima lo traumático a lo que recortamos respecto del malestar en la cultura. El goce, esa extraña y ruinosa satisfacción siempre vale como impropio y se encuentra en la base de toda segregación.

Es importante tener en cuenta que el aparato es un aparato de repetición, que no se limita a la compulsión a la repetición en el marco de la transferencia.

El aparato mismo se constituye en la repetición. Es el encuentro fallido el que relanza su trabajo. Ya lo anunciaba bajo la fórmula no hay identidad de percepción, no hay más que falla, encuentro con la diferencia, lo cual señala la dimensión de pérdida que participa de la producción del aparato. La repetición se sostiene en el desencuentro. Es su motor y su tope.

Lo que más allá abre es que en el seno mismo de los procesos primarios, de ese aparato de repetición, vemos conservada la insistencia del trauma. Pero ¿qué sería el trauma?

Creo que no se puede pensar el trauma sin ubicar que la pulsión implica la pérdida o el desencuentro inaugural de la identidad

con la Cosa. Dicho de otro modo, no hay acción específica, no hay objeto adecuado, no hay descarga plena, no hay aparato reflejo: estímulo- respuesta para lo propiamente humano. El sistema humano es un sistema de inadecuaciones.

Eso es lo que se inscribe como pulsión en el aparato psíquico, la imposibilidad del encuentro adecuado, y sus modos de recuperación.

Ese *troumatisme* (Lacan, 1974), ese agujero bajo la forma de no relación, que impacta al cuerpo por la incidencia de la lengua, será la lectura que Lacan realizará del trauma y está en la base de lo traumático.

Pero también, tal como nos lo plantea en el *Seminario 21 Los no incautos yerran*, (Lacan, 1974) resulta que inventamos algún truco para llenar el agujero (trou) en lo Real, ya que allí donde no hay relación sexual se produce ese “troumatisme” y se inventa. Uno inventa lo que puede. Y eso se repite.

Freud señaló de entrada y de diversas formas que el aparato es producido y mantenido por la repetición, que engendra en cada vuelta el encuentro con lo sustitutivo, lo cual conlleva una pérdida que relanza el proceso. Es lo que llamó con un término de otra ciencia: la entropía.

Podemos diferenciar entonces el trauma, como la falla del encuentro adecuado; de lo que vale como traumático en tanto irrupción pulsional, como un modo de recuperación.

Lo que no entra al campo de la memoria y puede presentificarse, no sin velo, produciendo un destronamiento del gobierno del principio del placer, una caída subjetiva y la emergencia de lo ominoso.

En ese instante no es posible que el sujeto y aquello que le causa terror compartan la escena, y el yo retrocede aterrado.

Los avatares del destino al que el neurótico le adscribe un sesgo demoníaco, sin adentrarnos en este tema, nos lleva a las concepciones helénicas y podríamos evocar al Daimon que alude a las divinidades griegas, no necesariamente al demonio, a las que el mortal estaba sujeto. Ya sea fortuna o desgracia decidía “el destino de cada cual”; un destino que se consideraba divino en tanto que era asignado por los dioses. El Daimon se presenta con frecuencia como una voz interior a la que se escucha y se obedece.

¡No estamos lejos de que la voz interior permita a Freud ir de la conciencia. moral al superyó, luego de pasar por más allá, el superyó frente al cual no hay posibilidad de no responder más que oigo!

Ahora bien, renovemos la pregunta, si el trauma posee un valor constitucional y universal. ¿cómo leer que vale como un peligro exterior como si fuera un accidente, la guerra u otro peligro inminente?

Si el único estímulo capaz de producir un efecto traumático, el único que nos compete en tanto analistas, es la irrupción pulsional ¿cómo considerar la pulsión interna o externa? Tenemos en Freud una respuesta, si no puede huirse del estímulo interno entonces será tratado como si proviniera del exterior a fin de

aplicarle la defensa.

La geografía del espacio del extraño, de lo extranjero, encuentra aquí su fundamento, ya que valdrá como alteridad radical, todo aquello frente a lo cual la defensa revele su imposibilidad.

Es así que el terror es el afecto que da cuenta de la emergencia de la fijación traumática de la pulsión, que impone de manera inesperada su irrupción. La palabra intrusión es precisa en tanto remite a lo intruso, al huésped no deseado, ni esperado.

Las barreras del Bien y la Belleza dan la apariencia de presentarse sin velo, pero solo dan la apariencia. No hay encuentro con lo real más que fallido y velado.

En esa línea de diferenciar lo traumático del trauma, es pertinente recordar que para Freud la pulsión no es un peligro en sí misma, sino que su satisfacción conlleva un auténtico peligro exterior que es la castración.

Freud no sólo piensa las mociones edípicas como libidinales, sino que sobre todo señala el horror al que nos convoca la exigencia de satisfacción de dichas mociones, hay una imposibilidad interna para la satisfacción plena, esta es imposible y cuanto más inminente más terrorífica y más confronta con la impotencia.

Cuando finalmente Freud reparte la pulsión en Eros, pulsiones de vida, sexuales y Tánatos las pulsiones de destrucción, la pulsión de muerte, no se decide respecto de cuál es el cambio que lo lleva a renombrar el campo pulsional, teniendo en cuenta que amor y odio están presentes desde temprano.

Sólo leyendo los capítulos anteriores podemos darle a este dualismo algo de su alcance. No es suficiente pensar a Eros tendiente a la unidad del amor y a Tánatos, aquello que tiende a la fragmentación o como retorno a lo inanimado, bajo una lectura biológica o bajo el mito del eterno retorno, lectura filosófica.

Es necesario leerlo a la luz, de la intrusión pulsional, de la emergencia de lo no ligado, y en su diferencia, la desmezcla pulsional, a causa de la regresión que nos devuelve vivencias pasadas como si fueran nuevas, el pasado se presenta sin pasar por la memoria, entrañando una la ganancia de placer no sentida como tal.

Intentando afinar la justificación de este nuevo modo de nombrar la pulsión, ¿por qué Freud vuelve a las metáforas biológicas?, ¿qué lleva a Freud a interrogar las pulsiones desde la biología, esa recurrencia a lo uni y lo pluricelular, el retorno a un estado anterior, referencias a la reproducción y a la muerte? Pregunta que desvela entre otros, a los biógrafos freudianos. Varios comentaristas de la vida y obra de Freud sostienen que los pensamientos de éste se orientan a la muerte de su hija Sophie, entre otras preocupaciones respecto a la reproducción de las células, incluso que está aludiendo a su propio envejecimiento y que mencionar a las células neoplásicas malignas, es casi premonitorio dado que fue diagnosticado del carcinoma en 1923, enfermedad a la que, dicen, se refería como “*mi querida neoplasia*”, que también lo ha llevado a recurrir a una prótesis, cuerpo extraño al que llamaba el “*monstruo*”.

Freud se encarga pronto de aclarar que *Más allá del principio del placer* fue escrito en 1919, mientras su hija disfrutaba de una salud floreciente. Ya que ella murió en enero de 1920 y en septiembre de 1919 hizo llegar el manuscrito a varios amigos de Berlín, para que lo leyeran. De todos modos, agrega que faltaba la parte sobre la mortalidad o la inmortalidad de los protozoarios, lo cual nos vuelve a llevar a su preocupación por los procesos de los organismos unicelulares cuya particularidad es que solo dividiéndose en dos pueden reproducirse y generar nuevos individuos.

¿Será que Freud nos promueve a pensar que, si no hay la dimensión de algo otro, de una alteridad no hay nada que sostenga la vida? De todos modos, en lo que atañe a nuestra práctica, retomo las palabras freudianas de dicho texto: “*por nuestra parte, no hemos abordado la sustancia viva sino las fuerzas que actúan en ella*”. (Freud, 1920)

Pensando en las fuerzas a las que Freud se refiere, recordemos que, para toda pulsión, es decir no solo para la pulsión de muerte Freud señala que sería un esfuerzo de reproducción de un estado anterior, una suerte de elasticidad orgánica o, si se quiere, la exteriorización de la inercia en la vida orgánica la expresión de la naturaleza conservadora para toda pulsión.

Dentro de este retorno a un estado que lo vivo debió resignar, Freud localiza unas fuerzas pulsionales que aun siendo pulsión de muerte encuentran su ligadura libidinal, y otras fuerzas en el interior del yo, que no entran al servicio de la libido.

Acierta cuando considera que la repetición entraña formas de satisfacción que, buscando una recuperación de la pérdida, no se entran con lo libidinal, y se repiten a pesar de ello, pulsiones destructivas en el interior del yo no ligadas libidinalmente Esa es nuestra tarea, orientarnos por la mudez de la pulsión de muerte, las pulsiones destructivas en el interior del yo no ligadas libidinalmente, un obstáculo mayor que dificulta la tarea de vivir incluso en lo colectivo.

Ese malestar que quiebra las barreras justifica toda nuestra intervención.

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1987) *Recordar, repetir, reelaborar*. Obras Completas Vol. XII. Buenos aires, Argentina. Amorrortu Ed.
- Freud, S. (1988) *De la Historia de una neurosis infantil*. Obras Completas Vol. XVII. Buenos aires, Argentina. Amorrortu Ed.
- Freud, S. (1988) *Lo ominoso*. Obras Completas Vol. XVII. Buenos aires, Argentina. Amorrortu Ed.
- Freud, S. (1989) *Más allá del principio del placer*. Obras Completas Vol. XVIII. Buenos aires, Argentina. Amorrortu Ed.
- Freud, S. *Problema económico del masoquismo*. Obras Completas Vol. XIX. Buenos aires, Argentina. Amorrortu Ed.
- Freud, S. (1988) *El malestar en la cultura*. Obras Completas Vol. XXI. Buenos aires, Argentina. Amorrortu Ed.
- Kierkegaard, S. (2006) *Las obras del amor*. Ediciones Sígueme. Salamanca. España



Lacan, J. (2008) *Seminario 16 De un Otro al otro*. Paidós. Buenos Aires. Argentina.

Lacan, J. *Seminario 21. Los no incautos yerran*. Inédito. E.F.B.A.
Winnicott, D. (2003) *Realidad y juego*. Gedisa. Barcelona. España.